

alzándose desdeñosamente de hombros.—Todo el mundo ha escrito de esas cartas estúpidas que se ven en poder de cualquiera.

Tomó la carta, la encendió en la bujía, y se sirvió de ella como de una cerilla para prender fuego al montón de papeles que había en la chimenea. Permaneció allí un instante, agachado, en su enorme corpulencia, vigilando las hojas abrasadas que revoloteaban hasta á la alfombra. Algunos importantes documentos administrativos se ennegrecían y se retorcián como láminas de plomo; los billetes, los sucios papelotes de mal trazadas letras, ardían cual lengüecillas azules; al paso que en el ardiente brasero, en medio de millares de chispas, había fragmentos consumidos que permanecían intactos, legibles aún.

En aquel instante la puerta se abrió de par en par, y oyóse una voz entre carcajadas.

—Bien, bien, ya le excusaré á usted, Merle... Yo soy de casa. ¡Voto á sanes! Si no me deja usted entrar por aquí, daré la vuelta por la sala de sesiones.

Era el señor d'Escorailles, á quien hacía seis meses Rougón había hecho nombrar auditor en el Consejo de Estado. Traía del brazo á la linda señora de Bouchard, fresquísima en su vestido claro de primavera.

—¡Buena la tenemos! ¡Mujeres ahora!—refunfuñó Rougón.

No se apartó en seguida de la chimenea, sino que permaneció agachado, teniendo en la mano la pala, con la que sofocaba la llama, por temor á un incen-

do. Alzó su redonda cara con desapacible gesto. El señor d'Escorailles no se desconcertó en lo más mínimo. Tanto él como la joven, desde el umbral habían dejado de sonreirse, para revestirse de la actitud que requerían las circunstancias.

—Querido maestro—le dijo,—aquí le traigo á usted una de sus amigas que estaba absolutamente empuñada en demostrarle su gran sentimiento... Hemos leído el *Monitor* esta mañana...

—Conque ustedes también han leído el *Monitor*—gruñó Rougón, quien se decidió por último á ponerse en pie.

Mas reparó en una persona á quien no había visto aún; y masculló, después de guñar los ojos:

—¡Ah, señor Bouchard!

Era, en efecto, el marido. Acababa de entrar, tras de las faldas de su mujer, silencioso y digno. El señor Bouchard contaba sesenta años; tenía la cabeza del todo blanca, la mirada apagada y el rostro como gastado por sus veinticinco años de servicio administrativo. No pronunció una palabra: tomó con ademán profundamente conmovido la mano de Rougón, que agitó tres veces, de arriba abajo, con toda la energía de que se sentía capaz.

—Mil gracias—les dijo Rougón;—han sido ustedes muy amables al venirme á ver; solo que me van ustedes á estorbar de lo lindo... En fin, colóquense por aquel lado... Du Poizat, dé usted un sillón á la señora.

Y, al volverse, se encontró cara á cara con el coronel Jobelin.

—¡También usted, coronel!—exclamó.

Como la puerta se había quedado abierta, Merle no había podido oponerse á la entrada del coronel, que subía la escalera pisando los talones de los Bouchard. Llevaba á su hijo de la mano, un mozalbete de quince abriles, á la sazón alumno del tercer año en el Liceo de Luis el Grande.

—He querido traer conmigo á Augusto. En la desgracia es cuando se revelan los verdaderos amigos... Augusto, da un apretón de manos.

Pero Rougón se lanzó hacia la antesala, gritando:

—¡Cierre usted de una vez la puerta, Merle! ¿En qué está usted pensando? Todo París se va á meter aquí.

El ujier mostró su faz tranquila, diciendo:

—Es que han visto á vucencia, señor presidente.

Y tuvo que hurtar el cuerpo para dejar pasar á los Charbonnel. Llegaban uno al lado del otro, pero sin darse el brazo, bufando, desolados, estupefactos. Y hablaron al mismo tiempo.

—Acabamos de ver el *Monitor*... ¡Ah, qué noticia! ¡qué desolación para la pobre madre de usted! Y en cuanto á nosotros, ¡en qué triste situación vamos á quedar!

Estos, más ingénuos que los demás, se acercaban sin perder momento, á exponer sus cuitas y la situación de sus pequeños negocios. Rougón les hizo callar y fué á correr el cerrojo que había debajo de la cerradura de la puerta, murmurando que ahora ya podían echarla abajo. Después, viendo que ninguno de sus amigos parecía determinado

á dejar el puesto, se llenó de resignación y trató de dar fin á su tarea, en medio de las nueve personas que llenaban el gabinete. La mudanza de los papeles había acabado por volver de arriba abajo la habitación. Rodaba sobre la alfombra una confusión de legajos, por tal modo que el coronel y el señor Bouchard, que quisieron acercarse al vano de una ventana, hubieron de tomar las más grandes precauciones para no aplastar en su camino algún asunto importante. Todos los asientos estaban llenos de paquetes atados; la señora de Bouchard fué la única persona que pudo sentarse en una butaca que había quedado libre; y sonreíase por las galante-rías que le dirigían Du Poizat y el señor Kahn, mientras que el señor d'Escorailles, no dando con ningún taburete, le deslizó debajo de los pies una burda carpeta azul atestada de cartas. Los cajones del bufete, echados patas arriba en un rincón, permitían á los Charbonnel acurrucarse por un instante, para recobrar aliento, mientras que el joven Augusto, entusiasmado por haber caído en aquel zafarrancho, huroneaba y desaparecía tras la montaña de paquetes, en mitad de la cual Delestang parecía atrincherarse. Este levantaba la mar de polvo, echando desde arriba los periódicos de la biblioteca. A la señora de Bouchard la acometió una ligera tos.

—Hace usted mal en permanecer en medio de tanta inmundicia—dijo Rougón, ocupado en vaciar las cajas que había rogado á Delestang que no tocara.

Pero la joven señora, toda coloradita por haber

tosido, le aseguró que se encontraba á pedir de boca y que su sombrero no temía al polvo. La concurrencia empezó y no acabó sus lamentaciones. En realidad de verdad, al emperador se le importaban un ardite los intereses de la nación, al dejarse rodear por personajes tan poco dignos de su confianza. Francia sufría una gran pérdida. Por lo demás, siempre sucedía lo propio: una gran inteligencia ha de conjurar contra ella todas las medianías.

—Los gobiernos son ingratos—declaró el señor Kahn.

—¡Peor para ellos!—dijo el coronel.—Se hieren hiriendo á sus servidores.

Pero el señor Kahn quiso ser el último en hablar, y se dirigió á Rougón:

—Cuando un hombre como usted cae, el luto es de la nación.

La concurrencia dió su aprobación.

—Sí, sí; un luto nacional.

Ante la estupidez de tales elogios, Rougón levantó la cabeza. Sus grises mejillas se iluminaban y su entero rostro traslucía una contenida sonrisa de satisfacción. Sentía cierta coquetería por su fuerza, como una mujer por su gracia; holgábase de recibir las lisonjas como quien dice á quemarropa, en mitad de su ancho pecho, sobrado robusto para que le aplastase fuerza alguna. Entretanto resultaba evidente que sus amigos se molestaban mutuamente; acechábanse con la mirada, tratando de echarse la zancadilla los unos á los otros, y sin determinarse á hablar alto. Ahora que el gran hombre parecía sojuzgado, la

ocasión era llegada de arrancarle alguna expresión consoladora. El que se arriesgó, el primero en hablar fué el coronel. Llevóse al hueco de una ventana á Rougón, quien le siguió dócilmente, con una caja bajo el brazo.

—¿Se ha acordado usted de mí?—le preguntó en voz bajita y con sonrisa cariñosa.

—Sin duda alguna. Hace cuatro días que se me volvió á prometer el nombramiento de comendador á favor de usted. No hay más sino que á la hora presente, me es imposible dar ninguna seguridad... Temo, se lo confieso á usted, que mis amigos recibían de rechazo las consecuencias de mi desgracia.

Los labios del coronel temblaron de emoción. Tartamudeó que había que luchar y que él lucharía también. Después volvióse bruscamente, y llamó:

—¡Augusto!

El mozalbete se había puesto á gatas sobre la mesa, en disposición de leer los títulos de los legajos, lo que le permitía al propio tiempo, echar ardientes miradas á las botinas de la señora de Bouchard. Acercóse corriendo á su padre.

—¡Aquí tiene usted á mi buen mozo!—prosiguió el coronel á media voz.—Ya sabe usted que será necesario colocarme esta calamidad, mejor hoy que mañana. Cuento con usted. Vacilo todavía entre la magistratura y la administración... Da un apretón de manos, Augusto, para que tu buen amigo haga memoria de tí.

Durante este tiempo, la señora de Bouchard, que,

impaciente, mordía uno de sus guantes, habíase levantado para acercarse á la ventana de la izquierda, ordenando al señor d'Escorailles que la siguiera. El marido se encontraba ya allí, con los codos apoyados en el alféizar, contemplando el paisaje. En frente, las hojas de los grandes castaños de las Tullerías se estremecían al tibio calor del sol; mientras que el Sena, desde el puente Real al de la Concordia, arrasaba sus azules aguas salpicadas de lentejuelas de luz.

La señora de Bouchard se volvió de repente, exclamando:

—¡Oh, señor Rougón, dignese venir á ver!...

Y, como Rougón se apresurase á dejar al coronel para obedecer, Du Poizat, que había ido en pos de la joven, se retiró discretamente y fué á reunirse con Kahn en la ventana del centro.

—Mire usted aquel barco cargado de ladrillos, que en un tris ha estado que no zozobre—decía la señora de Bouchard.

Rougón permaneció allí con complacencia, al sol, hasta que el señor d'Escorailles, á una nueva mirada de la joven, le dijo:

—El señor Bouchard quiere presentar su dimisión, y le hemos traído para que usted alegue sus razones para excusarle.

Entonces el señor Bouchard explicó que las injusticias le indignaban sobremanera.

—Sí, señor Rougón, empéceme por ser empleado expedicionario en el Interior y he llegado á desempeñar el puesto de jefe de oficina, sin deber nada al

favor ni á la intriga... soy jefe de oficina desde el 47. ¡Pues bien! la plaza de jefe de división ha estado ya cinco veces vacante, cuatro veces en tiempo de la república, y una vez durante el imperio, sin que el ministro se haya acordado de mí, que tenía derechos jerárquicos... Ahora ya no se encuentra usted allí para mantener la promesa que me tenía usted hecha, y por lo tanto prefiero retirarme.

Rougón tuvo que calmarle. La plaza no ha sido dada todavía á nadie; si esta vez se le volvía á escapar, tan sólo sería una ocasión perdida, ocasión que volvería á darse con seguridad. Luego tomó las manos de la señora de Bouchard, felicitándola paternalmente. La casa del jefe de oficina fué la primera que le había acogido, cuando su llegada á París. Fué allí en donde encontró al coronel, primo hermano del jefe de oficina. Más adelante, cuando el señor Bouchard heredó de su padre, á los cincuenta y cuatro años, y encontrándose de golpe y porrazo picado con la comezón de casarse, Rougón sirvió de testigo á la señora de Bouchard, antes llamada Adela Desvignes, señorita muy bien educada, hija de una honrada familia de Rambouillet. El jefe de negociado había puesto los ojos en una joven de provincia, porque estaba por la honradez. Adela, rubia, pequeñita, preciosa, con la ingenuidad un tanto sosa de sus ojos azules, contaba ya con su tercer amante al cabo de cuatro años de matrimonio.

—Así, no tiene usted que pasar malos ratos—le dijo Rougón, que seguía estrechándole las muñecas con sus gruesas manos.—Ya sabe usted que se hace

cuanto á usted se le antoja... Julio dirá á usted un día de éstos á qué altura nos encontramos.

Y atrajo á parte al señor d'Escorailles, para decirle que por la mañana había escrito á su padre, á fin de tranquilizarle. El joven auditor había de conservar con todo sosiego su posición. La familia d'Escorailles era una de las más antiguas de Plasans, en donde disfrutaba de la veneración pública. Así, pues, Rougón, que en otros tiempos había arrastrado destalonados zapatos por delante del hotel del viejo marqués, padre de Julio, cifraba su orgullo en proteger al joven. La familia conservaba un devoto culto por Enrique V, sin dejar por ello de permitir que el muchacho acortase distancias con el imperio, lo cual era resultado de la abominación de los tiempos que corrían.

En la ventana del centro, que habían abierto para aislarse mejor, el señor Kahn y Du Poizat conversaban, mirando á lo lejos los techos de las Tullerías, que azuleaban en una polvareda de sol. Calábanse mutuamente y dejaban escapar frases, interrumpidas por grandes silencios. Rougón era sobrado astuto—decían.—No habría debido de incomodarse á propósito de aquel asunto Rodríguez, de tan fácil componenda. Luego, con los ojos extraviados, el señor Kahn murmuró, como si hablara consigo mismo:

—Sabe uno que cae, mas no sabe nunca si se volverá á levantar.

Du Poizat hizo como que no había entendido. Y, largo rato después, dijo:

—¡Oh! es un mozo que se pierde de vista.

Entonces, el diputado se volvió de súbito, y le habló muy de prisa, en la misma cara:

—Dicho sea entre nosotros, yo le tengo miedo. Está jugando con fuego... Es verdad que somos sus amigos y, en modo alguno, hay que pensar en abandonarle. Me inclino tan sólo á hacer constar que no ha pensado gran cosa en nosotros en toda esta trapatista... Yo, por ejemplo, tengo entre manos intereses enormes, que acaba de comprometer con su calaverada. No le asistiría derecho para guardarme rencor, ¿no le parece á usted? si ahora fuese yo á llamar á otra puerta; porque, al fin y á la postre, no soy yo sólo el que sufre, sino también los pueblos.

—Hay que llamar á otra puerta—repetía Du Poizat sonriendo.

Pero el otro, pasto de súbita cólera, soltó la rienda á la verdad.

—¿Cabe esto en lo posible?... Ese diablo de hombre os indispone con todo el mundo. El que pertenece á los suyos lleva en sus espaldas un cartel de desafío.

Sosegóse, suspirando y mirando del lado del Arco de Triunfo, cuyo inmenso bloque de grisácea piedra, emergía de la verde mancha de los Campos Elíseos. Y prosiguió con mayor suavidad:

—¿Qué quiere usted? yo, en punto á fidelidad, rayo en la estupidez.

El coronel, desde hacía un instante, se mantenía en pie detrás de aquellos señores.

—La fidelidad es el camino del honor—dijo sentenciosamente con su acento militar.

Du Poizat y el señor Kahn se apartaron para hacer lugar al coronel, quien prosiguió:

—Rougón contrae en el presente día una deuda con nosotros. Rougón ya no se pertenece.

Aquella frase obtuvo un éxito enorme. No, con seguridad, Rougón ya no se pertenecía. Y era preciso decírselo en redondo, para que se penetrase de sus deberes. Los tres bajaron la voz, maquinando, distribuyéndose esperanzas. De vez en cuando se volvían y echaban una mirada á la vasta habitación, para ver si algún amigo no monopolizaba por demasiado rato al grande hombre.

Entonces, el gran hombre, recogía los paquetes sin dejar de continuar conversando con la señora de Bouchard. Entretanto, en el rincón en que habían quedado silenciosos y contrariados hasta entonces, los Charbonnel andaban á la greña. En dos ocasiones tentados estuvieron de apoderarse de Rougón, quien se había dejado arrebatarse por el coronel y la joven. El señor Charbonnel acabó por empujar á su señora hacia él.

—Esta mañana—baluceó,—hemos recibido una carta de su madre de usted...

No la dejó acabar. El mismo se llevó á los Charbonnel al hueco de la derecha, dejando otra vez los legajos, sin demasiada impaciencia.

—Hemos recibido una carta de su señora madre de usted—repitió la señora de Charbonnel.

E iba á leerla, cuando Rougón la tomó para recorrerla con una mirada. Los Charbonnel, antiguos tratantes en aceites de Plassans, eran los protegidos de

madama Felicitas, como se llamaba en la pequeña ciudad á la madre de Rougón. Habíaselos recomendado con motivo de una demanda que presentaban al Consejo de Estado. Uno de sus sobrinos, un tal Chevassu, abogado en Faverolles, cabeza de partido de un departamento vecino, había muerto, dejando una fortuna de quinientos mil francos á las Hermanas de la Sagrada Familia. Los Charbonnel, que en su vida habían pensado en la herencia, convertidos de repente en herederos por fallecimiento de un hermano del difunto, protestaron de aquella disposición testamentaria; y como la comunidad pidiese al Consejo de Estado autorización para aceptar el legado, los Charbonnel abandonaron su vieja morada de Plassans y acudieron á París, para alojarse en la calle de Jacob, hotel del Perigord, á fin de seguir más de cerca el curso de su negocio, que marchaba con pies de plomo seis meses hacía.

—Nos hallamos sobremanera tristes—suspiraba la señora de Charbonnel, en tanto que Rougón leía la carta.—Por mi parte, yo no quería ni aun oír hablar de semejante proceso. Pero Charbonnel repetía que, contándose con usted, era dinero ganado, que tan sólo tendría usted que pronunciar una palabra para que los quinientos mil francos entrasen de rondón en nuestro bolsillo... ¿No es así, señor Charbonnel?

El antiguo tratante en aceites, movió con desesperación la cabeza.

—Era una decente cantidad—continuaba la esposa,—y valía la pena de alterar una miaja su existen-

cia... ¡Ah, sí, no está poco alterada nuestra existencia!... ¿Sabe usted, señor Rougón, que ayer, sin ir más lejos, la sirvienta del hotel se negó á cambiarnos las servilletas sucias? ¡A mí, que en Plassans tengo la friolera de cinco armarios de ropa blanca!

Y continuó quejándose amargamente de París, que no podía ver ni en pintura. Habían ido allí para ocho días; y esperando poderse marchar, una semana tras otra, no se habían mandado enviar nada. Y ahora que á aquello no se le veía el fin, se emperraban en su habitación amueblada, comiéndose lo que á la criada le daba la gana de servirles, sin ropa blanca y sin vestidos casi. Ni siquiera tenían cepillo, y la señora de Charbonnel hacía su tocado con un peine roto. A veces se sentaban sobre su maletín y derramaban abundantes lágrimas de aburrimiento y de coraje.

—¡Y está además tan mal frecuentado el tal hotel!—murmuró el señor Charbonnel con sus reventones y pudibundos ojos.—Hay junto á nosotros un joven... ¡y se oyen tales cosas!

Rougón doblaba la carta.

—Mi madre—dijo,—da á ustedes el excelente consejo de que se armen de paciencia. Y yo no puedo hacer más que inducirles á que hagan nueva provisión de valor... El asunto de ustedes me parece de lo mejor; mas hé aquí que yo me voy y no me atrevo á prometerles nada.

—Mañana mismo nos largamos—exclamó la señora de Charbonnel, en un arranque de desesperación. Mas, apenas lanzado aquel grito, quedóse pálida

como la muerte. El señor Charbonnel tuvo que sostenerla. Y ambos permanecieron un instante sin palabra, con los labios temblorosos y mirándose, con grandes ganas de echarse á llorar. Desfallecían y les acometía sobresalto tal, que no parecía sino que, por modo súbito, á los quinientos mil del pico se les hubiese tragado la tierra en presencia suya.

Rougón continuaba cariñosamente:

—Tienen ustedes que habérselas con una gran potencia. Monseñor Rochart, obispo de Faverolles, ha venido en persona á París para apoyar la demanda de las hermanas de la Sagrada Familia. A no ser por su intervención, tiempo hace que habrían ustedes tenido sentencia favorable. Por desgracia, el clero es poderosísimo en los tiempos que alcanzamos... Mas yo dejo amigos aquí y espero poder obrar sin ponerme en evidencia. Tanto tiempo han esperado ustedes, que si se van mañana...

—Nos quedaremos, nos quedaremos—se apresuró á tartamudear la señora de Charbonnel.—¡Ah, señor Rougón de mis pecados, he aquí una herencia que nos habrá costado un ojo de la cara.

Rougón volvió con presteza á sus papeles, dirigió una mirada de satisfacción á toda la estancia, aliviado de enorme peso, al no ver á nadie que pudiese llenarle todavía el hueco de alguna ventana. Toda la reunión quedaba satisfecha. En pocos minutos dió un gran avance á su tarea. Anímabale una alegría muy propia de él; brutal, que se fisgaba de la gente y que le vengaba de las

molestias que se le imponían. Durante un cuarto de hora, apareció terrible para con sus amigos, cuyas monsergas acababa de escuchar con placidez tanta. Fué tan lejos, mostróse con tal dureza con la linda señora de Bonchard, que los ojos de la joven se arrasaron de lágrimas, sin que por ello dejase de sonreír. Los amigos se reían, acostumbrados como se hallaban á aquellos desgraciados é inesperados accidentes. Nunca sus negocios iban por mejor camino que en los momentos en que Rougón ejercitaba sus fuerzas, tratándoles á la baqueta.

En esto, con toda discreción, se dió un golpecito en la puerta.

—No, no, no abra usted—gritó á Delestang, que se levantaba.—¿Se burlan acaso de mí? Tengo ya la cabeza hecha una olla de grillos.

Y como se empujase la puerta con mayor violencia:

—¡Ah, si me quedara—murmuró entre dientes,—qué bonitamente plantaría á ese Merle de patitas en el arroyo!

No volvieron á llamar. En cambio, en un santiamén, en un rincón del gabinete, se abrió una puercecilla, para dejar paso á una enorme falda de seda azul, que entraba de espaldas. Y aquella falda, de tonos clarísimos y adornada con lazos de seda, permaneció allí un instante, medio en la sala, sin que otra cosa se llegara á ver. Una voz de mujer, delgadita y delicada, hablaba vivamente en la parte de afuera.

—¡Señor Rougón!—llamó la dama, dejando ver por último su rostro.

Era madama Correur, con sombrero adornado con un haz de rosas. Rougón, que se adelantaba furioso con los puños cerrados, inclinó los hombros y fué á estrechar la mano de la recién llegada, doblando el espinazo.

—Estaba preguntando á Merle qué tal se encontraba aquí—dijo madama Correur, envolviendo con tierna mirada al gran diablo de ujier, que se hallaba en pie y sonriente delante de ella.—Y usted, señor Rougón, ¿está usted satisfecho de él?

—¡Y tanto, ya lo creo!—contestó Rougón con afectada amabilidad.

Merle conservaba su beatífica sonrisa, fijos los ojos en el rollizo pescuezo de madama Correur. Esta se ponía tan hueca, y atraía con la mano los ricitos de sus sienes.

—Pues nada más hay que pedir, niño mío—prosiguió.—Cuando coloco á alguien me huelgo de que todos queden satisfechos... Y si necesitase usted algún consejo, venga usted á verme, por la mañana, ya lo sabe usted, de ocho á nueve. Con que, siga usted portándose bien.

Y entró en el gabinete, diciendo á Rougón:

—No hay nada como los antiguos militares

Luego, no le dejó, hízole atravesar toda la pieza y le llevó, pasito á paso, delante de la ventana, al otro extremo. Reñale por no haber abierto. Si Merle no hubiese consentido en introducirla por la puercecilla, habría tenido que quedarse fuera. Y no obstan-

te, ¡Dios sabía si necesitaba verle! porque, al fin y á la postre, no podía largarse de aquella manera, sin decirle el estado en que se hallaban sus peticiones. Sacó del bolsillo un librito de memorias, de gran riqueza y forrado de moaré color de rosa.

—No he visto el *Monitor* sino después del almuerzo—le dijo.—Sin perder un momento, tomé un fiacre... Veamos, ¿en qué estado se encuentra el asunto de madama Leture, la viuda del capitán, que pide un estanco? Yo le tengo prometido que se sabría el resultado la semana próxima... Y el asunto de aquella señorita, ¿no se acuerda usted? Herminia Villecoq, antigua pensionista de Saint-Denis, con quien su seductor, oficial él, consiente en casarse si algún alma honrada y caritativa se allana á adelantar la dote reglamentaria. Habíamos pensado en la emperatriz... ¿Y todas esas señoras, madama Chardón, madama Testanière, madama Jalaguier, que esperan hace tantos meses?...

Rougón, con la mayor complacencia, daba contestaciones, explicando las dilaciones y descendiendo á los detalles más minuciosos. Hizo, sin embargo, comprender á madama Correur que ahora debía contar mucho menos con él. Entonces ella puso el grito en el cielo. ¡Sentíase tan feliz haciendo favores! ¿Qué iba á ser de ella con semejante caterva de señoras? Y de este modo llegó á hablar de sus asuntos personales, que Rougón conocía al dedillo. Repetía que era una Martineau, de los Martineau de Coulonges, una buena familia de la Vendée, en que podían citarse hasta siete notarios de padre á hijo. Nunca supo ex-

plicarse con claridad el origen de su nombre de Correur. A la edad de veinticuatro años había tocado soleta con un mozo cocinero, de resultas de todo un verano de citas ocurridas bajo un cobertizo. Su padre estuvo si las lía ó no las lía á consecuencia de tamaño escándalo, verdadera monstruosidad de que la comarca se ocupaba todavía. Desde entonces vivía en París, como si hubiese muerto para su familia. Diez veces había escrito á su hermano, al frente ahora del despacho, sin haber obtenido de él la menor contestación; de este silencio acusaba á su cuñada, «mujer metida con los curas, que llevaba por las narices á aquel babieca de Martineau»—según decía ella.—Una de sus ideas fijas consistía en volver allá, como Du Poizat, para exhibirse como mujer de medios y respetada.

—He vuelto á escribir hace ocho días—prosiguió;—apuesto á que la muy... echa mis cartas al fuego... Sin embargo, si Martineau falleciese, no tendría más remedio que abrirme la casa de par en par. Como carecen de hijos, no me faltarían intereses que arreglar... Martineau cuenta con quince años más que yo, y anda gotoso, según se me ha dicho.

En seguida cambió súbitamente de tono, y repuso:

—En fin, no hay que pensar en esto... Para usted es para quien se trata de trabajar ahora. ¿No digo bien, Eugenio? Se trabajará, ya lo verá usted. Fuerza es que usted lo sea todo, para que nosotros seamos algo... ¿Hace usted memoria del 51?

Rougón se sonrió. Y, como ella le estrechara ma-

ternalmente ambas manos, él se inclinó á su oído y dijo bajito:

—Si ve usted á Guilquin, dígale que se ponga en razón. ¿No tuvo la ocurrencia, la semana última, después de haberse hecho llevar al cuartelillo, de dar mi nombre para que fuese yo á reclamarlo?

Madama Correur prometió hablar á Guilquin, uno de aquellos sus antiguos pupilos, del tiempo en que Rougón se hospedaba en el hotel de Vanneau, muchacho que no tenía precio á veces, pero que era por lo común empedernido calavera, capaz de comprometer al sol que sale.

—Tengo un fiacre abajo y echo á correr—le dijo sonriente, y en alta voz, ya en medio del gabinete.

Quedóse allí, no obstante, todavía unos minutos, ganosa de ver á la reunión desfilar al mismo tiempo que ella. Para iniciar el movimiento de retirada, hasta llegó á ofrecer á alguno llevárselo en su compañía en el fiacre. El coronel fué quien aceptó, quedando convenido que Augustito subiría al lado del cochero. Entonces se dió principio á gran distribución de apretones de manos. Rougón se había situado junto á la puerta, abierta de par en par. Al pasar por delante de él, todos y cada uno tuvieron su última frasecita de pésame. El señor Kahn, Du Poizat y el coronel, estiraron el cuello y le soltaron muy bajito alguna palabra al oído, á fin de que no les olvidase. Los Charbonnel se encontraban ya en el primer peldaño de la escalera y madama Correur platicaba con Merle, en el fondo de la antesala, mientras que la señora de Bouchard, esperada de allí á

algunos pasos por su consorte y por el señor d'Escorailles, se retardaba aún delante de Rougón, graciosísima y muy dulce, preguntándole á qué hora podría verle, calle de Marbeuf, á solas, porque ella era una estúpida cuando había gente. Pero el coronel, al oír que le hacía tamaña pregunta, se acercó inopinadamente; los demás le siguieron y hubo nueva entrada general.

—Todos iremos á verle á usted—exclamó el coronel.

—No tiene usted para qué enterrarse en vida—decían muchas voces.

El señor Kahn con un ademán impuso silencio. Y acto seguido lanzó la famosa frase:

—Usted no se pertenece; usted pertenece á sus amigos, á Francia entera.

Y desaparecieron por fin. Rougón pudo cerrar la puerta y lanzó un gran suspiro de satisfacción. Delestang, de quien había hecho caso omiso, salió entonces de detrás del montón de cajas, á cuyo abrigo acababa de dar fin á la clasificación de los papeles, como amigo concienzudo. Sentíase un tanto orgulloso de su tarea; había obrado mientras que los demás se despepitaban por hablar. Así fué que recibió con verdadero regocijo las demostraciones de agradecimiento del gran hombre. Nadie como él para prestar un servicio; poseía un espíritu de orden, un método para el trabajo que le llevarían muy lejos; y Rougón dió todavía con muchas otras frases lisonjeras, sin que pudiese colegirse si las decía ó no en tono de broma. Por último, volviéndose á

un lado y otro, y dirigiendo una mirada á todos los rincones:

—Creo que todo ha terminado, gracias á usted... Ya no hay más que dar orden á Merle para me mande llevar á casa todos esos paquetes.

Llamó al ujier y le indicó sus papeles personales. A todas sus recomendaciones, el ujier contestaba:

—Sí, señor presidente.

—¡Eh! ¡so animal!—concluyó por gritar Rougón excitado,—no me llame usted más presidente, porque no lo soy ya.

Merle se inclinó, dió un paso hacia la puerta, y allí se quedó titubeando. Después volvió para decir:

—Hay abajo una dama á caballo que pregunta por el señor... Ha dicho riendo que sería muy capaz de subir á caballo, si la escalera fuese lo bastante ancha... No pretende más que estrechar la mano al señor.

Rougón apretaba ya los puños, creyéndolo pura broma. Pero Delestang, que había ido á mirar por una ventana del pasillo, acudió balbuceando y muy conmovido, diciendo:

—¡La señorita Clorinda!

Entonces Rougón mandó contestar que él bajaba. Después, como Delestang y él tomasen los sombreros, se le quedó mirando, fruncidas las cejas, como sospechoso en presencia de la emoción que demostraba.

—Desconfíe usted de las mujeres—le dijo.

Y, ya en el umbral, dió una última mirada al gabinete. Por las tres ventanas, que habían quedado

abiertas, una radiante claridad iluminaba los estantes vacíos, los cajones diseminados, los paquetes atados y amontonados en mitad de la alfombra. El gabinete parecía inmenso y lleno de tristeza. En el fondo de la chimenea, el montón de papeles quemados á manos llenas, apenas dejaban una paletadita de negra ceniza. Al cerrar la puerta, la bujía, olvidada en un ángulo del bufete, se apagó haciendo estallar la arandela de cristal, en el silencio de la vacía estancia.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA DE MONTERREY  
"ALFONSO ESTEBAN"  
Año. 1885 MONTERREY, MEXICO